

LA NOVELA Y LA CRÍTICA

(Viene de pág. anterior)

culan en editoriales conocidas con alcance continental, más difícil es hacer el capítulo referido a nuestras letras uruguayas, porque significa establecer el balance de nuestras insuficiencias, comprobando el poco peso que la labor cultural de que podríamos enorgullecernos tiene en el concierto americano.

Cuando en su *Proceso y contenido*, L. A. Sánchez encaraba un capítulo sobre las letras narrativas del Uruguay, confesaba: "Estoy seguro de ignorar mucho de la novelística uruguaya, pese a mis esfuerzos por penetrarme con ella. Sálveme la sinceridad con que declaro mi ineptia". Ese desconocimiento no es privativo del crítico peruano, sino general y amplísimo. Lo ha sido reconocidamente en E. Anderson citando a escritores nuevos uruguayos, incluso dentro de una ordenación, sin haberlos leído directamente, y sólo ateniéndose a un juicio crítico ajeno.

Fernando Alegria es mucho más cauto, y así como restringe el número de novelistas americanos citados a aquellos que parece conocer, también reduce el análisis a algunas obras significativas sin pretender abarcar el "opus" completo de un escritor. Pero padece de una visión parcializada, en que lo mexicano y lo chileno tienen amplio campo en desmedro de otras creaciones narrativas, e ignora mucho de nuestra aportación novelística.

Sólo así puede explicarse que ni siquiera mencione, al pasar, entre los narradores realistas - naturalistas algún ejemplo uruguayo, que lo tenía fácilmente en el caso de Javier de Viana. No tiene justificación que Horacio Quiroga a pesar de ser básicamente un cuentista, no haya merecido una consideración más ajustada a su importancia literaria, y que se le evoque como "maestro del cuento de fantasía e imaginación góticas, evocador de paisajes y analista de personajes extraños, artífice fino del lenguaje...".

Pero más extraña es la situación de Eduardo Acevedo Díaz, de quien se ofrece una brevísima reseña en un Apéndice donde se incluyen novelistas no mencionados en el texto, y ni siquiera se le cita en el capítulo sobre la novela histórica, donde resultaría un ejemplo mejor que los de Galván, Covarrubias y Frias a que recurre F. Alegria para ilustrar ese subgénero narrativo americano. La importancia que Xuma Felde le otorga en su libro no nos parece desmedida ni teñida de nacionalismo, porque reconoce la capital importancia del autor de *Nativa* y *Grito de gloria* (para no manosear nuevamente Ismael) en la invención de una épica americana, así como su ejemplaridad para ese cruce del romanticismo al realismo, que se opera mediado el siglo.

Sólo dos novelistas uruguayos tienen una consideración extensa: Carlos Reyles como modelo modernista y Enrique Amorim como ejemplo del neorrealismo. Citados de paso Manuel de Castro, Montiel Ballesteros, Zavalta Muniz, los tres como representantes del regionalismo hispanoamer-